

tienden la mano vuestros libertadores para recibirlos con los brazos abiertos, y volveros dentro de pocos días á vuestros hogares.

“Apresuráos, que los austríacos han pasado ya vuestras fronteras. Pero sed precavidos y no os dejéis engañar por falsas noticias. No afrontéis abiertamente el poder de vuestros enemigos; no lo dejéis posesionarse de las alturas; en ellas debéis manteneros firmes á fin de inquietar al enemigo día y noche y no dejarle descansar.

“Interceptadle todas sus comunicaciones, para que falto de víveres y de noticias, se alarme y huya delante de vosotros. Luego que veáis á los austríacos en vuestras fronteras, anunciad tan buena noticia por todo el país encendiendo faros y tocando á rebato. ¡Jóvenes y ancianos! ¡á las armas! ¡á las armas por vuestra libertad, por vuestro bienestar, por vuestra independencia.”

Al mismo tiempo, cartas particulares anunciaban á Hofer que el archiduque Juan estaba en Grotz y el feldmariscal Chastellar en Clagenfurth, ámbos generales al frente de tropas austríacas y dispuestos á recibir á los voluntarios tiroleses. Tal fué la importante noticia llevada al caudillo montañés y á sus compañeros del valle. Por preparado que estuviese, Hofer la recibió con emociones de la mas viva gratitud, y descubriéndose, como en señal de respeto á las nuevas que iba á publicar, brevemente arengó á la multitud que en un instante se habia reunido en torno suyo. “Tiroleses,” exclamó, “se aproxima el momento de la emancipacion, nuestro emperador está dispuesto á protejernos; nuestros amigos de Innspruck estan sobre las armas, ¿permaneceremos nosotros inermes?” Toda la línea prurumpió en gritos patrióticos y apénas el alba disipaba las tinieblas de la montaña y daba brillo á los riachuelos del valle, cuando las bandas guerreras se formaban y armaban, y elegían á

Hofer para el mando. Las manos de Constanza se estremecieron al ayudar á armar al héroe, se le pusieron blancos los labios, pero no exhaló ninguna queja que revelara su debilidad. Aun procuró corresponder con fervientes miradas la sonrisa de su esposo. Hofer comprendió turba que ella sufría, y la amó mas al ver su heroico esfuerzo. Sus palabras respiraban júbilo y esperanza, y un ardiente beso de despedida en su pálida mejilla penetró el corazon de Constanza. Se separaron: ella vió la pluma de su sombrero y sus brillantes armas sirviendo de guia á las tropas entusiasmadas; lo estuvo mirando hasta que las sinuosidades del valle ocultaron al último guerrero; escuchó hasta que las rocas interceptaron el postrer sonido de la música belicosa, y entonces tomando á sus hijos de la mano, se arrodilló en un rincón de su cabaña y oró por su esposo y por su patria.

Cuando las tinieblas de la noche luchaban aun con los albores de la mañana y una luz in-

decisa se extendía por el paisaje, la oscura cima de las montañas, en toda la extension de la cordillera se iluminó súbitamente con cien faros brillantes. Cuando la multitud de mugeres, de niños y de ancianos contempló este prodigio, se oyeron gritos distantes como si Hofer y sus soldados saludaran aquella brillante señal, y entonces entre las turbas hubo quien explicara que aquellas hues eran la señal convenida para propagar la insurreccion. Inmediatamente todas las manos se ocuparon en levantar un haz de leña en las alturas mas cercanas, y pronto llenó el aire una masa de llama, que era la señal de la rebelion en el Pasesyr. Algunos oyeron ó creyeron oír el grito de aprobacion de los hombres del valle, que estaban en marcha y saludaban la aparicion del incendio.

Lento pasó un dia larguísimo de inmensa ansiedad—siguió otro—y el tercero trajo noticias muy agradables. Todo el Tirol estaba sublevado; en Innspruck, en Halle y en Sterzing,

los franceses y los bávaros habian sido atacados y derrotados en todas partes. Muchos habian muerto, muchos mas habian caido prisioneros. La entrada de las tropas austríacas al mando de su valiente general, el mariscal Chastellar, fué un triunfo continuo, pues los tiroleses habian vencido á sus tiranos. Los pequeños destacamentos de las fuerzas del enemigo, bien armados y disciplinados, en todas partes habian sido hechos pedazos por los indisciplinados pero valientes campesinos. Los jefes montañeses en todas partes habian derrotado al enemigo extranjero. Chastellar llegó á disfrutar de las dulzuras de la victoria, sin haber sufrido los riesgos de la contienda. Esto era lo que los tiroleses deseaban que hubiese sucedido. Solo necesitaban del permiso del Austria para emanciparse por sí solos: una vez concedido, como el leon se desprende de las débiles cadenas que le impone la mano del hombre, así el Tirol despedazó sus grillos y se hizo libre.

Chastellar y sus austríacos fueron recibidos con aclamaciones de lealtad en todas las ciudades, aldeas y cabañas por donde pasaban en su camino para la capital. Habia repiques y salvos de artillería; los ancianos, los jóvenes, los niños los saludaban como amigos queridos que iban á participar de su prosperidad y á gozarse en su emancipacion.

Entretanto, Hofer marchaba al encuentro de una nueva fuerza invasora en Sterzing. Á pesar de sus grandes esfuerzos no pudo llegar á la frontera sin haber tenido una escaramuza parcial, pues los franceses habian penetrado á Brixen. El punto disputado era el fuerte de Laditch, formado de un solo arco y suspendido entre dos rocas tremendas por donde pasa el camino de Innsbruck á Italia. No obstante la gran superioridad de número y de disciplina de los franceses, en vano intentaron romper la línea de los tiroleses con un fuego nutrido y continuo; los denodados montañeses sostuvieron firmemen-

te el terreno. Un poderoso refuerzo que llegó en la noche, de infantería y caballería francesa los hizo poder sobreponerse, mas bien que vencer á los defensores de su patria. En tan crítico momento apareció en las alturas una pequeña fuerza de caballería ligera y cazadores austríacos. Desalentado el enemigo huyó en todas direcciones, y reanimados los tirolese lo perseguieron hasta Botzen haciendo prisioneros á la mayor parte.

Hofer y sus soldados habian llegado á las montañas que dominan á Sterzing. Los bávaros lo atacaron inmediatamente. Los tirolese dieron una carga desesperada; los aldeanos, armados de lanzas y de instrumentos de labranza, se precipitaron como un torrente sobre el enemigo, arrojando algunas rocas y troncos de árboles desde las alturas. En lo mas recio del combate, una aldeana, Josefina Negretti, apareció animando á sus compatriotas y tomando parte activa en la sangrienta lucha. ¿Qué habilidad,

qué fuerza física puede vencer á hombres que luchan por su patria? Los tirolese quedaron vencedores. Hofer voló de un punto al otro para guiar, mas bien que para inspirar su valor; y una vez terminado el combate, anduvo diciendo en todas partes que la misericordia es la flor mas galana de la corona de la victoria. Obedeciendo esta máxima celestial cesó la matanza y se salvaron los que quedaban del enemigo derrotado. Unos seiscientos prisioneros fueron conducidos al castillo del baron Sternach, en Wolfs-thrun, á una legua del campo de batalla.

Apénas hubo aceptado Hofer la rendicion de estas tropas debeladas, y provisto á su seguridad, apénas hubo visto á sus valientes partidarios y dado órdenes para la curacion de los heridos y el refrigerio de los cansados, cuando otros cuidados reclamaron su atencion. Con el sable ensangrentado todavía, con la frente cubierta de polvo, reparó la debilidad de su cuerpo con un escaso alimento que tomó en pié, y con indomable ener-

gía de espíritu, se preparó á continuar en sus esfuerzos. Los franceses pasando á un lado de Mantua se habian unido á los bávaros en Brixen. En su marcha habian cometido cuantos actos brutales pueden sugerir el poder de la fuerza y crueldad del crimen. Al rayar el alba Hofer ordenó una marcha general sobre Brixen. Al caminar al frente de sus tropas por los desfiladeros de la montaña ¡qué escena presenciaron sus ojos! cabañas, granjas, aldeas reducidas á montones de cenizas, ó todavía presa de las llamas. No pudo reprimir la angustia de su alma; pero empuñando fuertemente su espada, señaló aquel estrago, y lanzó su caballo al galope. Al bajar al valle asolado, encontró á muchos desgraciados cuyas casas habian sido destruidas por el enemigo. No habia entre ellos jóvenes, ni hombres de edad madura, sino uno que otro labrador muy cargado de años, pues todos los capaces de esgrimir una espada ó de empuñar una lanza se habian incorporado al ejército. En ancianos de-

crépitos, en mujeres débiles, en niños indefensos, habian sacado los bárbaros su furor que no se atrevian á descargar sobre los hombres. El abuelo, apoyándose en el brazo de su llorosa nieta, la madre desolada vagando con sus hijos espantados, la tierna vírgen sosteniendo los pasos de un padre encanecido, y niños trémulos llevando en brazos una cabra favorita, ó pájaro mimado—y niños atrevidos medio locos de rabia y de impotencia rugiendo amenazas de futura venganza: tales fueron los objetos que detuvieron á Hofer en su marcha. Refrenando de repente su caballo, levantó los ojos como para preguntar si no habia rayos en el cielo; pero los temblantes fugitivos le habian rodeado, abrazándole uno la rodilla, tomándole otro la mano, y un tercero en su impotente debilidad colgándose de la cintura. Nadie hablaba, que la elocuencia del silencio es á veces superior al poder de la palabra. Hofer, conmovido hasta lo mas íntimo del alma, sintió rodar por su pálida mejilla el

sudor de la agonía, la lágrima de la piedad. Un propendo gemido se escapó de su oprimido pecho, y unas cuantas palabras inteligibles se desprendieron de sus labios: "Dios mio! Dios mio! ayúdame!"

Pero sus tropas habian avanzado rápidamente y llegaron á donde él estaba. En un instante hicieron alto, cesó la música marcial, hubo una pausa mortal, una pausa momentánea, tiempo suficiente para que todos los corazones juraran solemnemente vengar el espantoso estrago que tenían delante. Un momento despues el sable brillante de Hofer, ondeando sobre su cabeza parecia la señal de que todos los juramentos habian sido oidos y aceptados. Levantóse un clamor universal y penetrante y al grito de "venganza! venganza!" la banda guerrera continuó su marcha aceleradamente. Los pobres fugitivos, seguros de auxilio y proteccion, se apartaron á un lado y conocieron que Hofer estaba consagrado á su servicio; y mientras él iba á recobrar

sus hogares, se sentaron formando grupos en la montaña observando tranquilos sus pasos, confiados en que ningun enemigo se atreveria ya á acercárseles.

Al llegar al valle, las tropas formaron en orden militar, y Hofer temiendo que con el furor de la cólera cometieran á su vez los excesos que deploraban, procuró aplacar sus sentimientos, dirigiéndoles la proclama que con un espíritu de misericordia habia preparado su amigo Hormayr:

"TIROLESES!

Os habeis mostrado dignos de ser libres, no os entregueis, pues, á la indignacion, ni os volvais ingobernables. Obrad con sangre fria y con magnanimidad, resueltos á perecer ó ser libres. Es despreciable injuriar á los débiles. Ningun tirolés dará lugar á que se le acuse de semejante bajeza. Quien quiera que cometa algun exceso, aun contra el invasor, será tratado como enemigo

de la patria, pues solo debe emplear su fuerza en su defensa.”

Tal fué la alocucion de Hormayr; y pronunciada como lo fué con grande energía por Hofer, produjo un efecto instantáneo. Como se aduermen las olas del mar despues de la tempestad, cuando un viento sereno calma su agitacion, así se aplacó la pasion de la cólera al dejarse oír el acento de la misericordia. Hofer vió en su derredor hombres,—no bandidos,—hombres con todos los afectos humanos, el valor, la piedad, la fortaleza, no bandidos ávidos solo de matanza y destruccion.

Llegó Hofer al Innthal precisamente en el momento en que todos los labradores apelaban á las armas. Las mujeres y los niños recorrian el valle, presentando á todos pequeños billetes que contenian estas palabras: “*S'is zeit*”—ya es tiempo. Esta era la señal convenida para denotar que todo estaba pronto, y que habian comen-

zando las hostilidades. Siguióse un tremendo conflicto: veinte mil tirolesees aparecieron armados. Todos los caminos por donde el enemigo podia retirarse, fueron cortados ú obstruidos con troncos de árboles. Los campesinos comenzaron el ataque arrojando al aire sus sombreros y gritando: “Viva el emperador Francisco! mueran los bávaros!” El coronel Dittfurt, á la cabeza de algunos bávaros, alternativamente amenazaba y alentaba á sus soldados: dos terribles heridas lo hicieron caer, y siguió combatiendo hincado hasta que la falta de sangre le hizo perder el sentido. Fué hecho prisionero y llevado á Innsbruck. Cuando estaba moribundo en el cuerpo de guardia, preguntó quién habia sido el jefe de los campesinos. “Nadie,” le contestaron, “todos combatimos por Dios, por el emperador y la patria.” “Es sorprendente,” replicó Dittfurt, porque yo ví muchas veces pasar á mi lado á vuestro general en su caballo blanco.”

Los supersticiosos aldeanos creyeron por esto

que algun santo se habia aparecido en medio de sus filas ; pero en una accion en que mandaban y combatian hombres como Hofer, el observador racional comprenderá que el jefe herido habia visto á un mortal, aunque haciendo esfuerzos sobrehumanos.

La victoria fué decisiva : despues de tres dias de lucha desesperada, los tiroleses quedaron dueños de Innsbruck y de la comarca adyacente. Todos los enemigos estaban desarmados y se habian rendido, y los tiroleses que habian sido hechos prisioneros en las escaramuzas anteriores, recobraron su libertad. Los vencidos eran llevados á las plazas fuertes que habian de servirles de prision, *escoltados por mujeres*, pues los hombres no podian ocuparse en custodiarlos ; y en medio del general regocijo que siguió á esta espléndida victoria, hubo una feliz circunstancia digna de un pueblo valiente y generoso : los tiroleses no pudieron ser tachados de haber cometido un solo acto de crueldad ó de venganza,

contra una nacion de la que habian sufrido agravios tan brutales como innerecidos. En vano intentaron los franceses acusarlos de la misma conducta inhumana con que ellos se habian manchado. El cargo no pudo sostenerse, los prisioneros no pudieron negar que habian sido tratados con clemencia ; los heridos reconocieron la humanidad y benevolencia que se les habian dispensado, y aunque algunos cuantos tiroleses exaltados por agravios superiores á toda paciencia pudieron, por un momento, olvidar los preceptos de la misericordia, tales casos fueron raros, y considerada la provocacion, no dificeles de perdonar. Así, pues, en tanto que el valor y el patriotismo de los tiroleses reclaman el homenaje de la posteridad, su clemencia y su dulzura deben ser ejemplo y orgullo de la Europa.

En seguida, Hofer condujo á sus soldados de Passeyr á Botzen, donde fué nombrado para mandar la ala derecha del ejército, que se componia de los labradores de Etschthal y de los de



su propio valle; y con estas tropas marchó á establecerse entre Trento y Romagnano. Escaramuzas desesperadas, pero sin resultado decisivo, mantuvieron el espíritu de este pequeño número de patriotas; y su jefe sabiendo entónces que su amigo Leiningen estaba muy hostilizado por el enemigo en Lavio, por medio de marchas rápidas fué á unírsele. Esta union de dos caudillos favoritos fué vista por el pueblo como propicio agüero. El feld-mariscal Chastellar, general de las tropas austríacas, presentó á Hofer una magnífica espada y un par de pistolas, como testimonio de su aprobacion; pues miéntras muchos campesinos, engañados por la falsa noticia propagada por los franceses, de que el Austria habia abandonado la causa del Tirol, se habian retirado á sus casas, habia conservado á sus valientes compañeros, inspirándoles su resolucion de no abandonar la patria, sino con la muerte.

Leiningen, despues de madura deliberacion con su amigo, estableció su cuartel general en

Trento y comenzó á fortificar á Castella, miéntras Hofer llevó la guerra á todo el país con incansable vigor y actividad. Los tiroleses habian sufrido muchos desastres en sus fronteras, y los franceses y los bávaros iban ganando terreno todos los dias. Hofer llevó sus tropas á donde quiera que el peligro era mas inminente, y casi siempre siguió sus pasos la victoria. Deroy, general bávaro, se jactó de haberlo vencido, porque, aunque sus tropas fueron dos veces rechazadas por los intrépidos tiroleses, despues de un largo combate parecieron ceder como á las cinco de la tarde. Una tremenda tempestad, que precisamente sobrevino entónces, pudo ser considerada como el verdadero vencedor, pues ámbos ejércitos se retiraron ante su violencia, y al dia siguiente Duroy tuvo que huir de las tropas que decia habia derrotado. Durante la ausencia de Hofer, Inspruck habia vuelto á caer en poder del enemigo; pero estaba destinado á ser en breve recobrado. El 29 de mayo tuvo lugar la ba-

talla que por segunda vez libertó al Tirol de los bávaros. En la noche anterior á este glorioso día, Hofer dirigió una carta lacónica, pero muy enérgica, á los campesinos de los alrededores, y que es muy característica :

“QUERIDOS HERMANOS DEL INNTHAL,

“Por dios, por el Emperador y por nuestra amada patria,—mañana es el día señalado para el ataque. Venid en nuestro auxilio ó combatiémos sin vosotros. HOFER.”

Tan breve así fué el enérgico llamamiento, y todos los que lo supieron acudieron á él. Á las cuatro de la mañana se pusieron en marcha los tiroleses, y la batalla se empeñó á la vez en varias partes. Durante la lucha, cerca de una granja se presentó una jóven llevando un barrilito de vino para refrescar á los aldeanos. Despreciando el tremendo fuego de los bávaros, atrevidamente se acercó al lugar del combate llevan-

do el barrilito en la cabeza. Lo alcanzó una bala, y la jóven tuvo que detenerse. Sin acobardarse por este accidente, permaneció en el sitio rogando á los soldados que aceptaran el refrigerio que les llevaba. Otra jóven, apénas de diez y ocho años, andaba con trage de hombre, y usó un rifle con la mayor destreza. Cuando las mujeres desplegaban tan intrépido valor, poca esperanza podia haber de vencer á los hombres. Y en efecto, el Tirol jamás fué vencido, sino meramente cedido por el Austria en sus diversos tratados con la Francia, y así solo por obedecer al mandato de su soberano, consentieron los tiroleses en volver el acero á la vaina.

Hofer, con el principal cuerpo de su ejército, avanzó sobre la ciudad entre las avanzadas del enemigo, que fueron desde luego sorprendidas; pero los bávaros hicieron desesperados esfuerzos para recobrar los puntos de que habian sido desalojados, esfuerzos que no dieron resultado, pues Hofer y sus compañeros por segunda vez

entraron en triunfo á Innsbruck la mañana siguiente, y si el Austria hubiera aprovechado esta victoria, se habrían alcanzado consecuencias de la mayor importancia. Pero, lejos de esto, el Austria cerraba los ojos á sus verdaderos intereses, y mientras por ella y por sí mismos combatían los tirolese tan heroicamente, ella los dejaba ser presa del tirano de las Galias.

Sirvió el recobro de Innsbruck para reanimar los desalentados espíritus de los que habían desahogado del triunfo, y pusilánimes se habían retirado á sus hogares. Muchos de ellos volvieron á unirse á sus banderas y así presto apareció sobre las armas una fuerza formidable. El baron Hormayr, uno de los principales caudillos, recurrió á su amigo y colaborador Hofer, en todos los casos de apuro. Este héroe montañés acababa de ser proclamado comandante en jefe de todo el Sur del Tirol, y en verdad que había ganado bien tan honroso puesto: su celo y su invariable adhesión á la causa de su patria lo ha-

cian el ídolo del ejército, y su influencia en los ánimos de sus compatriotas lo hacían poder guiarlos y gobernarlos del modo mas conveniente á los intereses del país y á las miras de los oficiales superiores.

Pero no fué permitido á los tirolese lograr la prosperidad que parecía estar á su alcance. El Austria estaba en poder de la Francia. Diez mil prisioneros austríacos, que se habían escapado de su cruel enemigo, fueron recibidos, vestidos y alimentados por los generosos tirolese; y con todo, el Tirol fué cedido á la Baviera! Á esta noticia, la desesperación de los tirolese no conoció límites. Seguros de que el Austria había hecho algo peor que abandonarlos;—regalarlos al detestado enemigo, algunos, creyendo vanos todos los esfuerzos, se retiraron á sus hogares oprimidos de melancólicos presentimientos, mientras la mayor parte resolvió de derramar la última gota de su sangre antes que someterse á la Baviera.

Innsbruck fué el punto de reunion de todos los que no desesperaban de la salud de la patria. Entre ellos no podia faltar Hofer, quien fué gozosamente aclamado como caudillo querido y favorito. El murmullo general de la multitud anunció que era universal el deseo de que él aceptara el mando supremo. Tuvo que ponerse en pié entre la multitud, que abandonar la modesta oscuridad en que se habia colocado como uno de tantos y que dar á conocer sus sentimientos breve y sencillamente. “Queridos compatriotas!” dijo, “he escuchado vuestros deseos y estoy pronto á obedecerles, pues he venido para servir á mi país de todos modos. Pero permitidme recordaros que mi bizarro compañero de armas, el conde Leningen, tiene mejores títulos para merecer vuestra eleccion. Nombradlo vuestro jefe, valientes tiroleses, que vuestro Hofer está preparado y ansioso de desenvainar la espada como simple comandante de los soldados del valle de Passeyr. Cualquiera que sea

mi situacion, miéntas Dios se sirva guardarme la vida no faltarán al Tirol un brazo y un corazon consagrados á su servicio!”

Tales palabras fueron recibidas como es de suponer, con los mas ruidosos aplausos, y la varonil modestia de Hofer fué recompensada como merecia, quedando electo por universal aclamacion, comandante en jefe de los tiroleses. Magnífico fué este momento para Hofer, pues entre muchos generales valientes y experimentados, fué elevado al primer rango por la voluntad del pueblo, del pueblo que de él esperaba su emancipacion de la servidumbre y la restauracion del gobierno de su legítimo soberano. Hofer habia de ser la cabeza que dirijiera, el brazo que guiara. Inspiraba confianza á todos los corazones, todos los ojos se fijaban en él. En el vehemente transporte de su alegría, de su gratitud y de su triunfo, olvidaba ó allanaba todas las dificultades. Su pecho lleno de valor, de entusiasmo y de esperanza, anhelaba hacer cuanto cabe en el poder

humano, y al propio tiempo, su piedad llena de fé lo hacia fiar los acontecimientos á Aquel que solo puede ordenar el resultado de las batallas.

Luego que se supo quién habia sido electo comandante en jefe, centenares de labradores se unieron á su bandera, fiando todos en su valor, en su fortuna y en su dulzura para mandar. Muy pronto se encontró, pues, al frente de un ejército formidable, ansioso de seguirlo y de sacrificarse en su servicio. Los soldados austriacos, dia á dia abandonaban sus filas y se presentaban á Hofer. Regimientos enteros abandonaban sus puestos y en buen orden se le unian para militar bajo sus banderas. Todo el Tirol era unánime en su patriotismo, y fiaba en que todo saldria bien bajo el mando de Hofer,—un mismo espíritu parecia animar todos los corazones.

Como escaseaba el dinero para procurarse armas y cuanto las tropas necesitaban, Hofer mandó acuñar nueva moneda, que tenia de un lado el águila tirolesa coronada de laureles, y del otro

el valor del dinero con estas palabras: “Conforme á la Convencion—1809.”

Aunque el Austria habia celebrado un armisticio con Francia, como el Tirol nunca reconoció este tratado, Hofer tuvo poco tiempo, durante su mando supremo, para cultivar las artes de la paz. Hizo cuanto podia hacerse, demostrando que solo le faltaba oportunidad para ser tan útil como hombre de Estado, cuanto valiente habia sido como soldado. Los anales de la época comprueban que solamente fomentó el comercio y reprimió el lujo. Organizó un formidable ejército para guardar el país y defenderlo en la guerra, y era tal su popularidad y tal la confianza del pueblo en su capacidad y en su valor, que dia á dia centenares de voluntarios se incorporaban á sus banderas. En su elevada posicion, conservó la misma sencillez de trage y de maneras que lo habia distinguido cuando no era mas que humilde labrador del valle de Passeyr. Residió en el palacio de Innsbruck, porque su rango así lo